

Con Carlos Benavides (*)

De "Cuando canta el gallo azul" a "La finita"

Esta es la segunda parte de la entrevista realizada a Carlos Benavides. En esta, la conversación derivó más a los aspectos creativos e interpretativos y a la actividad cultural que se desarrollaba en Tacuarembó.

2a. Nota

Le hemos preguntado, a partir de la noticia de prensa de que una figura como Jaime Ross fuera contratado para crear la música de la serie española «Pepe Carvalho», cuál es su opinión sobre la integración de su gente en un trabajo con otras disciplinas, haciendo la música incidental para guiones de cine o video, por ejemplo.

CON LA SENSIBILIDAD A PUNTA DE ACORDE

Rápidamente nos contesta:

- Te diría que nosotros creamos dos canciones, una es «Si digo Punta del Diablo» y la otra «Candombe del Fobal».

¿Te referís a aquellos audiovisuales de Enrique Abal que vimos en el Foto Club, o en los festivales, no?

- Sí, las canciones las hicimos en función de las imágenes. Fue una tarea muy interesante, muy linda, estaba dentro de lo que nosotros hacemos. Como obtenemos los temas para las canciones. Te doy un ejemplo. Un día, estando en un festival con Washington en Pueblo Ansina, en Tacuarembó, se nos acerca una persona y nos dice: «Dígame una cosa, ¿por qué no le hacen una canción a los areneros de aquí, de Pueblo Ansina?». Por ahí pasa el Río Tacuarembó Grande, hay tremendos arenales y la gente trabaja en ellos. Y agrega el hombre: «Ya que no sabemos cocinar, por lo menos revolvemos la olla». Y así salió la «Canción de los Areneros». Uno busca temas, pero a veces el tema de una canción te lo da el propio pueblo. Esto lo aprendí con el Bocha. Hay que andar con la sensibilidad a punta de acorde. El a punta de lápiz, nosotros a punta de acorde, tratando de sacar los temas, que es una manera de militancia, contar los paisajes no a veces tan dulces que nos rodean, ver en la parte de la foto, el negativo.

¿Además de textos de Washington Benavides, a quiénes más musicalizaste?

- La mayoría de los textos son de Washington. Hemos hecho una cantidad impresionante de canciones. Desde el 74 andamos cantando juntos. De toda mi generación fui el último que empecé a trabajar en el Taller Tacuarembó. El primero fue el Numa, des-

pués Darnauchans, los Eduardos, Víctor Cunha, Eduardo Milán, toda una cantidad de músicos que se juntaban con la única lamparita que existía, que era el Bocha. También canto textos de Walter Ortiz y Ayala, textos míos, y de otros.

¿Es difícil trabajar con familiares, en este caso el tío?

- Para mí fue difícil porque soy una persona muy tímida. A mí me costó. Cuando tenía 15 años me invitó a que lo acompañara en la presentación de su primer libro, Las Milongas, en Tacuarembó. Yo no me animé. No porque no me sintiera apto, sino por mi propia timidez. Después me siguió invitando a que fuera. Yo no me decidía, supongo que no estaba maduro para eso. Bueno, un día vi que ya no podía seguir así. Tenía una serie de canciones que se las tenía que mostrar a alguien. Recuerdo que ese día estaban en el Taller, el Bocha, Darnauchans, los Eduardos. Ellos me abrieron las puertas.

Si ahora es difícil. No. No es difícil, porque con el Bocha no se pierde el tiempo, se gana.

Ustedes han desarrollado un trabajo grupal en esta gira, pero comenzando con un gran trabajo individual.

- Sí, eso arranca de la experiencia de la que te hablaba, que comienza en Tacuarembó. Por ejemplo con el Darnauchans, quien además de ser un gran cantor, es un gran amigo y a quien admiro mucho, empezamos a hacer canciones juntos y te puedo decir que hemos aprendido ambos. En determinado momento, cantábamos las milongas a dúo mientras otro dúo, el de los Eduardos, se integraba con nosotros. Incluso hay una canción que grabó Zitarrosa con mi música y texto de Washington, donde entrábamos los dos dúos. En este momento hemos integrado este grupo con Enrique Rodríguez Viera y Julio Mora, Washington Benavides y yo, donde nadie quiere ser la estrella principal. Como te dije al principio, hay canciones grupales, pero también interpretamos canciones como solistas.

EL CICLO DEL AGUA

-«Cuando canta el gallo azul», es

una recopilación que hice de un amigo mío, Bolívar Pérez, quien recogió muchas melodías de sus pagos, el Pueblo de los Cuadrados, y las tocó siempre en el acordeón. En la sede de Wanderers en Tacuarembó, jugábamos al fútbol y todas esas canciones las tocaba él y yo lo acompañaba en la guitarra. Grabé todas esas melodías. Con Washington le pusimos texto y un día Larbanois, nos pide «Cuando Canta el Gallo Azul» que la escuchó y le había gustado para el dúo. Grabamos también otros temas de Bolívar Pérez, como «Pueblo de los Cuadrados».

Yo tuve noticias de él a través de Teresita Pérez, maestra de Tacuarembó, dirigente del movimiento cooperativo, quien muy orgullosa me dijo en el Balneario Iporá, mientras un coro cantaba ese tema, «eso es de mi hermano».

- Claro, es una cosa increíble, porque eso lo tocábamos siempre en los picnics que hacíamos después de los partidos de fútbol con Wanderers. Con un acordeón, una guitarra y un tamboril, formábamos la orquesta. Pienso que se había logrado lo que Washington llama el «ciclo del agua», que es aquella canción que sale del pueblo y vuelve a él. Cuando se logra eso, con una canción entre miles, no es que alguien sea un genio, nada de eso, sino que uno siente que es como una tarea cumplida.

Otro ejemplo de eso, es la polca «La Finita», que está en el disco «Las Milongas». Es un texto mío, con música de Beco Silva. Lo escuché en Pueblo Ansina un día que estábamos allá. Era fecha patria, el Natalicio de Artigas. Este llegó de mañana, se sentó, trajecito gris, humilde, sacó el bandoneón y empezó a tocar. Puso un platillo sobre la mesa. Un amigo mío le pide que toque «La Finita» y me comenta: «Carlitos, vas a escuchar algo que te va a gustar». Empezó el hombre a tocar aquella melodía y a todos nos embargó algo. Quedamos emocionados. No me animaba a pedirle que la tocara de vuelta. Fíjate que él estaba trabajando. Me acerco y le digo: «mire, yo soy Benavides, disculpe que le diga. A mí me cautivó esa polca. Me gustaría que la tocara para aprenderla, porque quiero ponerle letra. No le garantizo nada,

no le vamos a robar la melodía, pero me parece que esa melodía hay que llevarla a la voz humana». Estuvo toda la tarde tocando. Y en eso se me acerca uno y me dice: «¿le gusta cómo toca?» «Sí, le digo, excelente músico». Y el hombre agrega: «Lástima que sea un borracho, se sube arriba de un cajón y toca con el bandoneón en la espalda». Y yo le contesto: «Así que se emborracha y hace todo eso. Y a usted, cuando se emborracha, ¿qué cosas le da por hacer que no las cuenta?»

En la canción digo justamente: «que toque sobre los hombros, que se suba en un cajón, que trasiego unos vinitos, si es propicia la ocasión, no es deshonra si la vida darle buenas se olvidó, con su música emparejan la alegría y el dolor.»

Cuando estubo pronta le envió la grabación a través de los muchachos de Radio Zorrilla. No sabía que estaba grave en un Hospital. Le hicieron escuchar al viejo la canción y dicen que dijo: «Bueno, me muero tranquilo, yo sabía que Benavides no me iba a fallar». Y esta es una canción que gustó, también esta logró ese «ciclo del agua».

Lauro Ayestarán en sus investigaciones sobre las raíces de la música en el Uruguay, recogía escuchando y grabando lo que la gente andaba cantando por ahí.

- Tengo algo sobre Ayestarán. De niño yo escuchaba a mi abuelo paterno tocar la guitarra. Tocaba con aquella bohomía que tenía, era un tipo jovial y con una técnica y un oído privilegiado. Sacaba en la guitarra las canciones que yo aprendía en la escuela. Yo sabía que Lauro Ayestarán había ido a Tacuarembó a grabarle. Siempre me quedé aquello de conseguir en Montevideo las grabaciones de mi abuelo. En el tiempo de la dictadura no lo hice, más con el apellidado «ilustre» que tenía, no se me iba a permitir. Recién el año pasado fui al Museo Romántico, donde están todos los trabajos de Ayestarán. Gracias a la Directora y al Musicólogo, pude copiar todas las grabaciones de mi abuelo. Me doy el lujo de poner su guitarra en el grabador y tocar al mismo tiempo.

Nos habla de sus padres, que viven en Tacuarembó. De su madre que toca el acordeón a piano. De sus hermanos, dos de ellos médicos, Julia, Pediatra en Santa Rosa, Canelones y Héctor Gorki es traumatólogo y profesor de acordeón a piano y está en Venezuela, del sacrificio de sus padres para costear sus estudios. Cuenta de los que residen en su ciudad natal, incluidos familiares y amigos. Y ante la pregunta de rigor acerca de la actividad artística y cultural de lo que alguien denominó «la República de Tacuarembó», Carlitos nos contesta:

- De la barra mía, éramos cinco y tocábamos la guitarra. Formamos «Los cantores del amanecer», «Las voces del Norte», y cantábamos todas las canciones de Los Chalchaleros». Más tarde tratábamos de arreglar las canciones de Alfredo. Allá siempre hubo un gran movimiento musical y de otras actividades. No es por nada pero hubo un aglutinador, que es como te dije Washington. Pero antes de eso estaba Tomás Mujica, que fue un gran músico. Anhele Hernández, en pintura, el Dr. Manolo Seoane, que vino a ser el Bocha de la generación del Bocha. Seoane era de donde todo el mundo se nutría, el atalaya cultural que tenían ellos.

Carlos Benavides quiso finalizar con palabras, que cierran perfectamente lo que me había dicho antes de empezar la entrevista.

- Nada hubiese sido posible si no tuviera unos padres como los que tengo, que fueron los que me alentaron. Cuando terminé Preparatorios de Medicina, me inscribí en Magisterio en Tacuarembó y les plantee que nunca me iba a ir para Montevideo. Y cuando decidí ser músico, mi padre nunca me dijo que no, siempre me dio aliento, me propuso cosas. Esa confianza, esa tranquilidad de tener a las personas que uno más quiere apoyándolo, es muy importante.

(*) Según me comentó, los Benavides (Washington y él mismo, Carlos) terminan en «Z», pero han usado Benavides con «S» como nombre artístico.

BETTY CHIZ

